

*“Configuraciones de la memoria social. Estratos del recuerdo y formas sociales de la memoria”, en: Felten, Uta/Maurer Queipo, Isabel (Hg.) en colaboración con Alejandra Torres: **Intermedialität in Hispanoamerika: Brüche und Zwischenräume / Intermedialidad en Hispanoamérica: rupturas e intersticios**, Tübinga - Stauffenburg 2007, pp. 247-256. ISBN 978-3-86057-539-0*

Configuraciones de la memoria social

Estratos del recuerdo y formas sociales de la memoria

Daniel Brauer

El pasado se nos presenta como un territorio extraño, un paisaje desolado en el que nos topamos con ruinas, restos y fósiles; un espacio en silencio en el que lo acontecido parece haber quedado definitivamente registrado u olvidado. Pero a la vez, un escenario habitado por diversos personajes y sucesos que se nos muestran de otra manera en cada recorrido y no dejan de sorprendernos, un lugar en el que parece que siguen pasando cosas, o en todo caso en el que los acontecimientos no han terminado de pasar del todo y esto con mayor razón aún cuando se trata de historia reciente.

Cuando de lo que se trata es de dar cuenta del pasado, ante todo para fijarlo y entender lo sucedido, pensamos en primer lugar en la actividad del historiador, pero su práctica se inscribe en un contexto amplio de ceremonias sociales, culturales y políticas.

Podría decirse que la forma en que una comunidad se entiende a si misma, aquello con que se identifica y concibe su destino, resulta ininteligible si no se tiene en cuenta el sentido que le atribuye a acontecimientos significativos de su historia, cuya representación está presente antes que en un texto historiográfico en lo que genéricamente a partir de Maurice Halbwachs se ha dado en llamar la “memoria colectiva”, pero que incluye un espectro muy amplio de prácticas sociales.

El objetivo del presente trabajo consiste en (1) dar cuenta de aspectos centrales de la relación entre el recuerdo personal, la memoria social y la llamada historia del presente o contemporánea. En segundo (2) lugar en mostrar frente a la noción unitaria de ‘memoria colectiva’ de Halbwachs, o a la llamada “memoria cultural” de Assmann pueden diferenciarse distintos estratos de la memoria no integrados en un todo coherente.

Prefiero hablar aquí de una memoria social de carácter plural. Por un lado, está la memoria presente en forma más o menos vaga en la conciencia colectiva acerca de acontecimientos del pasado reciente, por otro lado, está la memoria “oficial” de esos mismos acontecimientos tal como es presentada por los gobiernos de turno, por el otro la versión de los hechos como aparece en los medios masivos de comunicación, que no necesariamente coincide con la anterior. A esto debe agregarse la visión más abarcadora del historiador, que no por eso deja de ser revisable. Pero incluso los mismos hechos vividos por individuos que pertenecen a generaciones diferentes pueden ser registrados de otra manera. Más aún, el sujeto que ha sido testigo de acontecimientos históricos no los evoca necesariamente de la misma manera a lo largo de su vida, sino que los resignifica retrospectivamente a la luz de vivencias y lecturas posteriores que colocan a los mismos hechos en contextos cognitivos diferentes.

Quisiera diferenciar a continuación tres formas del recuerdo que irrumpen de modo controversial en el espacio público y que presentan a la memoria de una sociedad como un vínculo ineludible entre lo sucedido y el presente.

El pasado se nos presenta de diversas formas. La primera que nos viene a la mente es el recuerdo, pero también se establece en objetos que consideramos simplemente viejos, se hace patente en antiguas fotografías, se organiza metódicamente en el archivo, nos apela en el monumento, el museo, etc., pero también está presente en lo que llamamos tradiciones, y es evocado en ceremonias conmemorativas, conjurado en prácticas religiosas, e incluso transmitido, como ha mostrado Paul Connerton¹, en “prácticas corporales” y claro, por supuesto también en los textos de historia.

Ahora bien, la historia se ha establecido como una disciplina académica, al menos desde el siglo XIX, que pretende establecer una imagen de los acontecimientos del pasado, elaborada de acuerdo a ciertos ideales de objetividad, imparcialidad y científicidad. Pero hay un ámbito en el que las dificultades y controversias en relación al posible cumplimiento de esos ideales se hacen particularmente notorias.

Me refiero a la llamada ‘historia contemporánea’ o sea, a la empresa de dar cuenta del pasado reciente de una sociedad dada a la que generalmente pertenece el historiador mismo.

Aquí nos enfrentamos a una paradoja que consiste en que precisamente cuando se trata de establecer lo sucedido en un período cercano - y se disponen seguramente de más datos documentales que de otra época, ya que además, en muchos casos se cuenta con testimonios de personas vivas, restos materiales y actualmente incluso con material fílmico y periodístico - tanto más difícil resulta obtener una visión de los acontecimientos que pueda ser reconocida por los contemporáneos mismos como ‘objetiva’.

Difícilmente suceda algo parecido en otras ciencias empíricas en las que la abundancia de datos en todo caso es considerada un beneficio y no un problema. De ahí que la historia contemporánea sea considerada en general por los historiadores como una disciplina controversial y de hecho en los establecimientos de enseñanza primaria y secundaria, apenas si está presente. -en todo caso en menor medida que el Imperio Babilónico, la Grecia clásica o la llamada Conquista de América.

Las razones que suelen darse para explicar esta paradoja son atendibles y quisiera mencionar aquí dos de ellas. En primer lugar, la *falta de perspectiva*. Con esto me refiero al

¹ Connerton, Paul: **How Societies Remember**, Cambridge University Press 1989, véase esp. caps 2 y 3, p. 72 en adelante.

hecho, de que los acontecimientos que pretende narrar este tipo de historia todavía están de alguna manera en curso, ya que sus consecuencias continúan vigentes y aún es incierto su final, de modo que su sentido no puede establecerse, o sólo tentativa y parcialmente. Sería algo así como juzgar una melodía antes de que concluya su ejecución o se llegue al final de la partitura – y es por cierto en el contexto de un proceso acabado que los hechos revelan su sentido. En segundo lugar, se considera, que el historiador está demasiado *involucrado en los acontecimientos mismos como para estar en condiciones de juzgarlos*. Su percepción de lo sucedido esta fuertemente cargada de una valoración que la convierte en una toma de partido deformante.

Pero, si bien es cierto que distintas teorías acerca de evolución de las dinastías egipcias difícilmente puedan provocar actualmente controversias del tipo de las que puede generar una peculiar historia de los campos de exterminio nazis o, en el caso de mi país, de los llamados “desaparecidos”, o de la Guerra de Malvinas, no cabe duda que es otro el interés que despiertan y que si la cercanía epocal fuese sinónimo de una visión condenada a ser parcial, no deberíamos considerar a la **Guerra del Peloponeso**, escrita por su contemporáneo Tucídides, como una obra maestra que aún no ha sido superada.

Con todo, a pesar de estas objeciones se admite por otro lado, que la tarea de hacer una historia del presente resulta ineludible a pesar de su complejidad.

La dificultad reside en que la historia contemporánea, a diferencia de otras historias, converge con otras formas de elaborar la experiencia histórica. Me refiero a la llamada memoria colectiva o social, y a la memoria biográfica.

Mientras que la historia consigna lo que pasó, el recuerdo biográfico da cuenta de lo que ‘nos pasó’.

El concepto de memoria está en auge, más aún se ha convertido en un término de moda en la discusión contemporánea y no sólo en ámbitos académicos- tanto es así que recientemente un historiador alemán sostenía que pronto pasará al olvido.

El fenómeno resulta complejo. Por un lado, tiene que ver con una apropiación inmediata del pasado, que se suele contrastar a una narración histórica aséptica, que si bien tiene una pretensión de objetividad no involucra necesariamente al lector. Tanto en la memoria ya sea de lo vivido o en la asimilación de los recuerdos de otros con los que podemos

identificarnos, hay una primacía de la perspectiva del sujeto en primera persona más que una exposición de sucesos acontecidos. Por otra parte, lo que se recuerda no sólo concierne al pasado sino que lo recordamos en cada caso ahora y nos parece digno de ser rememorado en función del momento actual. Al igual que los actos sociales de conmemoración de acontecimientos decisivos para la identidad de un pueblo o una nación, el recuerdo tiene una doble referencialidad, por un lado al acontecimiento evocado del pasado, por el otro al momento presente en que esa evocación tiene lugar y que lo vuelve digno de ser rememorado.

En lo que sigue me refiere a cierto tipo particular de rememoración en la que el recuerdo individual se inscribe en la memoria histórico-social.

Hay una dimensión de nuestra biografía que atañe a nuestro carácter de partícipes en un mundo común y tienen que ver como suele decirse, con la historia que ‘nos toca vivir’. En tanto con-temporáneos (*Zeit-genossen*) de una serie de acontecimientos, nuestros recuerdos personales adquieren una dimensión histórica.

Creo que es necesario distinguir aquí dos modos diferentes de elaboración del pasado histórico en la memoria, que suelen confundirse.

La llamada “memoria colectiva” fue postulada por Halbwachs en el marco de la sociología de Durkheim y en contraposición a la concepción de Bergson de la memoria como un fenómeno constitutivo de la conciencia personal. La idea de una ‘memoria colectiva’, en la que los “esquemas” de Bergson devienen “cuadros sociales de la memoria” ha demostrado ser un concepto fructífero, redescubierto en los últimos años para comprender los modos en que se organiza la memoria de una sociedad - pero no por eso deja de ser una noción compleja que ofrece dificultades epistemológicas. Ante todo porque –como lo establece el mismo Halbwachs- no hay algo así como un sujeto supraindividual unitario al que pudiésemos atribuir su uso. ¿Quién es aquí el que recuerda? ¿Una sociedad, un pueblo, una Nación? Cabe preguntarse entonces ¿cuáles son los modos de existencia de la memoria de una comunidad? En primer lugar, lo que empíricamente puede constatarse es su presencia

en forma dispersa en distintos grupos sociales², que compiten por la versión más adecuada de los hechos desde sus perspectivas particulares, en algunos casos tratando de imponer su visión de los mismos a la sociedad como un todo. En segundo lugar, los esquemas sociales con que son procesados los datos históricos también se modifican con el tiempo, de modo que es necesario diferenciar distintas **formas de la memoria intersubjetiva**, y entre ellas lo que con Jean Assmann, podemos llamar la “memoria cultural”³, que tiene una continuidad y duración mayores, ya que su función es precisamente la de consolidar una identidad colectiva, sobre la base de una transmisión a través de generaciones de costumbres, ritos, mitos y ceremonias que se fijan a través del tiempo, pero de este tipo de memoria, que podríamos llamar de larga duración (en referencia a la conocida distinción de Braudel) y que podría compararse a una formación geológica, debe diferenciarse la “memoria política”, cuya función es la construcción intencional de una identidad común generalmente en torno a instituciones como el Estado o la Nación, cuyas “escenas” principales son narradas una y otra vez en las historias de los textos escolares. Esta es una memoria, que podríamos considerar como de una “duración” mediana, ya que de vez en cuando es sacudida por las fluctuaciones de los avatares históricos que la conducen a un proceso de revisión de sus “fuentes” debido al cambio de sus marcos conceptuales y valorativos. La memoria política no puede separarse de la política de la memoria.

Por último, creo que es posible hablar de una memoria pública en la que inciden múltiples factores - y no en menor medida los medios -, que podría caracterizarse como el espesor temporal de un complejo de ineludibles referencias al pasado, en el que se inscribe la conciencia del presente, entendida en parte como un proceso de reflexión crítica acerca de las condiciones de la vida en sociedad.

Sin duda, son siempre sujetos particulares los que ejercen la memoria y el olvido. Con todo, tiene sentido distinguir formas sociales del recuerdo y en la medida en que también aquí nos topamos con una memoria selectiva – ya que no todo puede, ni vale la pena ser

² Véase el interesante artículo de Robert Frank acerca de la memoria de los “años negros” en la Francia contemporánea: *La France des années noires: la mémoire empoisonnée*, en; **La mémoire entre histoire et politique**, *Le cahiers français*, n° 303, Paris 2002, p. 56 y sigs..

³ Jean Assmann, **Das kulturelle Gedächtnis**, Munich 1992.

recordado- preguntarse acerca cuales son los criterios mediante los cuales esas formas operan.

II

En lo que sigue trato de diferenciar aspectos de la memoria colectiva que aunque estrechamente vinculados entre sí, son heterogéneos pero configuran el horizonte conceptual en que se inscribe la historia del presente.

El primero tiene que ver con la identidad colectiva y su celebración en actos públicos de recordación como la conmemoración, el homenaje, las fechas patrias, etc.. Ceremonias sociales del recuerdo que traen a la memoria los hitos más importantes de la historia común. No puedo dejar de mencionar aquí la monumental obra de Pierre Nora acerca de lo que llama "lugares de la memoria"⁴, que tienen que ver con monumentos, símbolos y conmemoraciones que fijan la historia común del Estado-Nación. En ellos se superponen la evocación fáctica de lo sucedido con los ideales que representan.

Es que la memoria colectiva esta teñida de *normatividad* y en esto también se diferencia de la historiografía con pretensión de objetividad científica. En sus dos modalidades extremas: **la veneración** y **la indignación** estos actos pueden calificarse tanto como ceremonias de evocación como de identificación, – así el homenaje a los "héroes de la patria".

Es este aspecto normativo el encargado de fijar la identidad de los individuos con el conglomerado social del que forman parte – un proceso de socialización a través de la incorporación de los ideales que definen la construcción de una **epopeya identificatoria**.

Cuando de lo que se trata es de estudiar las formas de la memoria colectiva no es posible prescindir de la analogía con el recuerdo personal. A la inversa, incluso Freud mismo, que ha elaborado una serie de conceptos en torno a la memoria que han resultado fructíferos en su aplicación a la sociedad - más allá de que esta transposición analógica sea controversial -

⁴ Pierre Nora (Compilador): **Les Liex de Mémoire**, Gallimard, Paris s. a..

como el de 'trauma', o el de 'recuerdo encubridor', se inspiró en la arqueología para pensar la presencia simultánea en la mente, de estratos que corresponden a diversas épocas de la formación de la identidad.

Pero ya el recuerdo personal se presenta como un fenómeno complejo – un conglomerado de imágenes y sentido que hace su aparición en el interior del sujeto como un objeto a la vez cercano y ajeno. Producto generalmente espontáneo de la conciencia y de circunstancias externas a ella, no necesariamente resulta transparente para el propio individuo.

Resultado de la inteligencia pero también de la imaginación, en forma análoga a la obra de arte el recuerdo requiere ser interpretado. No es mera imagen sino que siempre viene asociado a un sentido y del mismo modo que el objeto de la contemplación estética su significado no se agota en la inmediatez con se muestra.

Al intentar escribir la historia del presente, el historiador parte de un trans fondo más o menos sobreentendido de ideas y recuerdos. Su modo de comprensión tiene continuidad con el presente mismo. En efecto, comprender la realidad política implica inscribir los acontecimientos en un marco de inteligibilidad que posee un espesor temporal mínimo - el hecho aislado carece de explicación. Comprender lo que ha acontecido o está aconteciendo no es algo puntual sino que adquiere carácter episódico, es decir, forma parte de una historia que puede llegar a ser contada, aún cuando su desenlace sea incierto. Podrá hablarse aquí de la memoria del presente en contraste con la memoria del pasado tal como queda consignada en un texto historiográfico acerca de un período ya concluido.

La memoria colectiva, al igual que la individual se organiza en torno a *escenas emblemáticas*⁵, algo así como nudos en la secuencia de acontecimientos a partir y desde los cuales éstos adquieren un nuevo sentido.

Así, la fecha del 11 de septiembre se inscribe en la memoria asociada a un complejo tanto de acontecimientos como de ciertas imágenes televisadas, o como muestra Hugo Vezzetti en su interesante libro acerca de la memoria de los años de plomo en Argentina, el juicio a

⁵ Tomo la noción de "escena" del libro de Hugo Vezzetti, **Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina**, Siglo XXI, Buenos Aires 2002, en la Introducción el autor habla de "ciertas *escenas* que, a la vez que condensan una trama histórica, se ofrecen como un núcleo duro y persistente sobre el que vuelve el trabajo de la rememoración.", p. 16.

las juntas militares - que clausura un período y se convierte en el acontecimiento fundacional de la nueva democracia⁶-, asociado a imágenes de circulación pública de jefes y funcionarios militares compadeciendo ante un tribunal civil.

Debe tenerse en cuenta por cierto en este último caso, que a diferencia de los hechos del “11 de septiembre”, la desaparición criminal de personas no es algo que para la mayoría de los ciudadanos que no estaban directamente involucrados como víctimas o victimarios, pudiese ser representado en una imagen emblemática. Es más, la política de terror de Estado consistía en borrar toda huella de lo que sucedía, pero al mismo tiempo en hacer de alguna manera presente esa ausencia como amenaza permanente.

A diferencia de la historia que se ocupa de establecer el sentido de una secuencia de acontecimientos de largo alcance, tanto la memoria individual como la social constituyen algo acotado, limitado a las vivencias de una generación o a lo sumo a experiencias transmitidas en forma directa de una generación a otra acerca de eventos que continúan determinando aspectos de la vida actual. Pero las “escenas” de la memoria histórica, si bien nos presentan las condiciones de inteligibilidad que resultan indispensables para entender un acontecimiento, no por eso agotan el sentido de lo vivido o transmitido. Por el contrario requieren ser interpretadas y analizadas retrospectivamente una y otra vez ante el riesgo de ser manipuladas y tergiversadas.

En un brillante ensayo acerca de **Los abusos de la memoria**⁷, Todorov distingue entre dos tipos de la misma (p.30). La primera, denominada por el autor memoria “literal” daría cuenta de acontecimientos históricos en su absoluta singularidad. La segunda, llamada por Todorov “memoria ejemplar” permite la comparación con otros hechos del presente y del pasado y de esta manera permite que estos acontecimientos sean objeto de una reflexión moral.

III

⁶ Op. cit., p.21 y sigs..

⁷ Tzvetan Todorov, **Los Abusos de la Memoria**, trad. del francés de Miguel Salazar, Paidós, Barcelona 1995, véase esp. p. 33 y sigs..

Por mi parte, quisiera introducir y dar cuenta a continuación de tres conceptos vinculados a la noción que he denominado más arriba memoria del pública o memoria del presente. El primero es la noción de recuerdo icónico, el segundo la noción de recuerdo fantasmagórico y por último, lo que llamo el recuerdo o la memoria cristalizada.

Por recuerdo “icónico” entiendo la presencia de un acontecimiento pasado en la memoria colectiva que va más allá de la singularidad del tiempo y circunstancia en que tuvo lugar para adquirir por su propio peso un carácter simbólico, convirtiéndose en escena de referencia de otros acontecimientos futuros, pasados o posibles. Un ejemplo de esto ha sido sin duda la toma de la Bastilla para la Revolución Francesa y luego para otras revoluciones civiles o el levantamiento de Octubre para la Revolución Rusa luego para otras revoluciones sociales. Se trata de acontecimientos que se convierten en objetos de análisis y discusión no por un mero interés cognitivo acerca de cómo sucedieron en realidad las cosas, sino porque la reflexión acerca de ellos resulta constitutiva para la comprensión del presente y el diseño de políticas prácticas en vista a ideales políticos.

La tarea que consiste en comparar las intenciones de los actores históricos con las consecuencias de sus acciones y de comparar a su vez lo sucedido con acontecimientos análogos que han tenido o pueden tener lugar en escenarios diferentes, forma parte de una **reflexión retrospectiva** que se ocupa de interpretar el sentido del presente a la luz del pasado y a la inversa, reinterpretar el pasado en función de experiencias presentes. Es en este sentido que Kant habla de la Revolución que acababa de tener lugar en Francia como de un “signo” histórico.

El recuerdo en estos casos se convierte en “ícono” porque se sustrae a la sucesión y se presenta como escena detenida y fijada, matriz de sentido de lo anterior y lo posterior.

Prefiero hablar aquí de “recuerdo icónico” y no de “recuerdo ejemplar” porque me parece que con esta noción Todorov vuelve sin darse cuenta de alguna manera al topos clásico de la historia pragmática como “maestra de la vida” cuya narrativa ofrece al lector una serie de ejemplos –cuya circunstancia histórica resulta anecdótica - de vicios y virtudes, pero cuyo sentido ya está establecido para siempre por una moral que comparte tanto el narrador como el lector, mientras que el “recuerdo icónico” da cuenta de algo para lo que a veces no disponemos de un concepto adecuado y no es un ejemplo de nada, sino un objeto más o

menos opaco que debe ser reapropiado una y otra vez, al modo de una obra de arte abierta, cuyo sentido sirve de base a múltiples interpretaciones posibles, pero excede a cada una de ellas- recuperando de esta manera la irreductible singularidad que en el recuerdo ejemplar se diluye.

Así el llamado “Holocausto” designa una serie de acontecimientos cuyo sentido debe ser una y otra vez dilucidado como para que pueda ser aplicado y contrastado con situaciones análogas. A su vez es en ese contraste con otras situaciones de aniquilación intencional colectiva que se muestra tanto se rasgo esencial como su particularidad.

La otra categoría no excluyente con la primera, es el concepto de “recuerdo fantasmagórico”, aquello cercano a lo que Ricoeur llama la “memoria herida”, aunque como veremos, no coincide del todo con ella⁸. Podría pensarse también aquí como lo hace Ricoeur, que en esto sigue a Todorov, en la noción psicoanalítica de “trauma”, del mismo modo podría mencionarse aquí el concepto de “estigma” de la sociología de Goffmann.

Se trata en realidad de un recuerdo que no necesita ser evocado para hacerse actual porque ha quedado desterrado del pasado y acosa el presente como el fantasma del padre de Hamlet. Si bien no puede haber memoria sin recuerdos este es un recuerdo que no depende de la facultad de evocación de la memoria sino que cohabita el presente. No es una ‘memoria herida’ sólo por lo que pasó *sino también por lo que todavía no tuvo lugar*.

Inhóspito y pendiente se niega a ser archivado, porque más que recuerdo es un recordatorio y una advertencia *que contiene en sí un reclamo de justicia*, al mismo tiempo que el anhelo por una promesa no cumplida (Denk-mal y Mahn-mal a la vez). Su territorio no es el pasado sino el futuro. Este tipo de recuerdo ha sido exiliado de la memoria porque forma parte de una historia aún inacabada.

Me refiero a acontecimientos tales como “Auschwitz”, o en el caso argentino la “desaparición” de personas durante la dictadura militar, o la Guerra de Malvinas. Se trata de objetos del recuerdo que tienen un modo de pervivencia diferente en el presente y que requieren para aquellos que han sido víctimas o testigos de los hechos, particulares

⁸ Véase Paul Ricoeur, **La lectura del tiempo pasado: Memoria y olvido**, trad. de Gabriel Aranzueque, Arrecife, Madrid 1999, pag. 31 y sigs..

condiciones de rememoración que a veces pueden tener lugar no en la cercanía sino recién muchos años después que los hechos fueron consumados.

Así el llamado Holocausto necesitó más de cincuenta años para pasar de ser un recuerdo fantasmático y privado, aparentemente ajeno a la historia europea y alemana en particular, hasta convertirse para la opinión pública, o sea más allá de un reducido grupo de intelectuales, en un recuerdo icónico del siglo XX y comienzos del XXI.

Lo que está en cuestión aquí no es sólo el carácter terrible e irrepresentable del contenido material de ciertos recuerdos que necesita ser elaborado para poder convertirse en un recuerdo propiamente dicho, tal como sucede en el marco de la teoría psicoanalítica con “el trabajo del duelo” con el objetivo de reconciliar a la víctima o al paciente de su propio destino y de permitirle a la vez tomar distancia de él.

A diferencia del recuerdo traumático que subyace a la noción de ‘memoria herida’, propuesta por Paul Ricoeur, el énfasis está puesto aquí en el reclamo de una acción política, como asignatura pendiente para poder hundir en el pasado una realidad y transformarla en el recuerdo doloroso de algo que ya no es.

Con razón caracteriza Antoine Garapón a la acción de la justicia como una “inversión moral del tiempo”⁹. Pero no son aquí la víctima de un acto criminal o el paciente que ha sufrido un trauma los detentadores del recuerdo fantasmagórico que se instala en la conciencia colectiva y la acosa, sino la sociedad toda, víctimas, testigos y los indiferentes frente a una dimensión de su propia identidad. El ‘recuerdo fantasmagórico’ es un recuerdo que no abandona el presente, porque no está anclado en el pasado sino que sirve de advertencia presente frente a un proceso de justicia aún no cumplida.

Por último, entiendo por “recuerdo cristalizado” un tipo de rememoración colectiva que consiste en “sacralizar” lo acontecido transformarlo en la “historia oficial” de un suceso que no admite otra interpretación y se vuelve mito fundacional o tragedia incomparable, objeto de una ceremonia ritualizada, cortando de esta manera los lazos con el presente y con ello también la vigencia de ese recuerdo mismo que se vuelve tan apto para recordar como para olvidar.

⁹ Antoine Garapón, *La justicia y la inversión moral del tiempo*, en el volumen colectivo: **¿Por qué recordar?**, edit. por Françoise Barret Ducrocq, Granica, Barcelona 2002, pag. 91 y sigs..

Esta noción es muy cercana a lo que Todorov llama “memoria literal”, sólo que aquí se trata de una secuencia de hechos que también puede haber sido interpretada y comparada con otras, pero que termina siendo canonizada y se vuelve un estereotipo.

Pero también el recuerdo fantasmagórico puede ser convertido en recuerdo cristalizado o momificado y de esta manera inmunizado cuando los sujetos de que construyen una identidad colectiva y se constituyen por ella pretenden depositarlo en un archivo ajeno al presente, mientras que la función del recuerdo icónico es precisamente llamar la atención acerca de la distancia nunca salvable del todo entre lo recordado y su interpretación.

Del mismo modo que las secuencias de acontecimientos del pasado de que trata un libro de historia son reinterpretadas una y otra vez, no sólo en la medida en que aparecen nuevos documentos sino también por el cambio generacional de quienes la escriben y la modificación de los instrumentos conceptuales con que se interpretan los datos del pasado, tampoco la memoria es algo definitivamente establecido. Es que el recuerdo no puede separarse del proceso de su evocación y esta se da en contextos diferentes, en situaciones distintas de la biografía y es reinterpretado una y otra vez por el sujeto a la luz de acontecimientos posteriores.

La lectura de una narración de historia contemporánea, implica sin duda un involucramiento diferente por parte del lector al que tiene lugar frente a una narración de acontecimientos remotos y esto por dos motivos. Por un lado, porque reconoce en su base empírica aspectos en sus propios recuerdos que van siendo resignificados en la medida que comprende el contexto en que se dieron, por el otro porque la presentación de los hechos pone en juego y cuestiona a la vez el paradigma normativo por el que habían sido y son juzgados.

También la memoria es algo así como un *work in progress*, una obra en construcción nunca acabada, que no puede ser separada de un proceso cognitivo en el que una sociedad pretende entenderse a sí misma. El recuerdo nos apela - volver a visitarlo no siempre es una excursión inofensiva.

Es a partir de una confrontación de memorias fragmentadas con multiplicidad de datos y documentos, con versiones divergentes de cómo fueron los hechos que el historiador del presente arma un todo coherente en el que se muestra una realidad que no pudo ser

percibida por nadie en particular y que sólo se manifiesta a través de la narración histórica. Ésta tiene por objetivo por cierto establecer cómo sucedieron las cosas, pero el sentido que les atribuimos no puede separarse ni de nuestra comprensión del presente ni de la vigilia del recuerdo.